

//Entrevistas//

El breve paraíso.

Entrevista a Nélide Cañas

Raquel Guzmán¹

Recepción: 8 de octubre de 2020 // Aprobación: 20 de octubre de 2020

Nélide Cañas nació en Arroyo Cabral (Córdoba) y vivió por 25 años en San Salvador de Jujuy. Actualmente reside en Córdoba. Ha publicado en poesía: *Cifras del misterio* (1988), *Sitial de vuelo* (1991), *Animal de lo desconocido* (1997), *Jaurías del alba* (1998), *Dibujo de mujer* (1999), *El agua y la greda* (2001), *Una palmera en el fondo del cielo* (2004), *Opus lunar* (2007), *Mariposas de Pekín* (2012), *El libro de las flores* (2014). En narrativa: *De este lado del mundo* (1996), *Breve cielo* (2010), *En la Fragilidad de los días* (2013), *Intersticios* (2014), *Como si nada* (2018), *De nunca acabar* (2020). Recibió premios nacionales e internacionales, poemas suyos fueron traducidos al italiano en la antología *Buena letra 2*, (CommisoEditore 2014), edición bilingüe. Su obra aparece en diversas antologías, entre ellas *Poesía del Noroeste argentino, SXX* (2004), *El límite de la palabra* (2007), *Monoambientes* (2008), *El microrrelato en Jujuy* (2012), *El microrrelato en el NOA* (2013).

¹ Doctora en Humanidades por la Universidad Nacional de Salta. Docente e investigadora en la Universidad Nacional de Salta. E-mail: radallac(arroba)yahoo.com.ar

Raquel Guzmán (RG)²: Querida Nélica, comenzamos hoy, primer lunes de agosto este diálogo y lo propongo para pensar los avatares de ciertas formas literarias –microrrelato, microficción, textículo y afines– en el derrotero de tu escritura. Tus primeras producciones publicadas han sido poemas y has logrado con ellos, a lo largo de muchos libros, un lugar importante en la poesía argentina. ¿En qué momento y de qué manera eliges la microficción?

Nelida Cañas (NC): Mi escritura comenzó como una manera de ser y estar en el mundo. Era una niña callada y sigilosa que sentía al mundo que me rodeaba, la vasta y profunda llanura, como una fuente pródiga. Sentía que me interpelaba. Me pedía ser nombrada. Y así lo hice. El proceso era el siguiente: contemplar, nombrar, comprender. Lograba un estado de vigilia, de máxima atención para el descubrimiento. Creo que ahí comenzaron mis verdaderas lecturas. Cuando aún no tenía libros y la trama del mundo era un texto para ser leído. Aprehendido. Empecé escribiendo poemas alrededor de los 13 años. Llevaba diarios íntimos, cuadernos de notas y leía de una manera voraz todo cuanto caía en mis manos. En la dolorosa y trágica década del setenta había terminado mis estudios superiores y me fui a vivir a Jujuy. Entonces escribía febrilmente poesía y narraciones. El contenido pedía la forma. Todo nacía de una idea pequeña, una especie de rumor incesante que se instalaba en mí y me instalaba en el sitio de la escritura. En 1996 había publicado mis dos primeros libros de poemas *Cifras del misterio* (Jujuy, 1988) y *Sitial del vuelo* (1991). Por entonces nos comunicábamos mucho los escritores de Salta y Jujuy. Conocía a Víctor Manuel Hanne y él me invitó a publicar. Así fue que hice la recopilación de narraciones que había estado escribiendo y nació *De este lado del mundo* (V.M.H. Editor, 1996). Ahí reuní mis primeros microrrelatos. Aunque no los llamaba así. Eran esos textos breves intensos que narraban una historia sin dar detalles solo creando un clima ambiguo, casi inasible. A falta de una mejor forma de denominarlos separé el libro entre Estos y Aquellos. Los más cercanos y más lejanos en el tiempo de la escritura. De todas maneras mis narraciones eran breves. Siempre sentí que la concisión y precisión del lenguaje eran mi ámbito natural de expresión. Pasó el tiempo. Mucho tiempo. Se publicaron más libros de poemas. Y allá por el año 2000, leí en la Revista Ñ una entrevista de Raúl Brasca. Había bibliografía y micros de distintos autores, que no conocía. El propio Brasca, Shua, Mandrini. Y comencé a buscar esos libros. A encontrarlos. A estudiar. Y descubrir el mundo de la microficción. Me sentí cómoda como si ese hubiera sido siempre mi lugar para narrar. Luego vendría el encuentro con el maestro David Lagmanovich. Intercambiamos mail, libros. Le envié algunos textos y él me contactó con Laura Pollastri. Mis textos fueron incluidos por primera vez

² La presente entrevista fue realizada a través de mensajes electrónicos entre el 4 y el 12 de agosto de 2020.

como microrrelatos en *El límite de la palabra* (Menoscuarto Ediciones, 2007). Mientras seguía estudiando, conociendo autores, escribiendo. En el año 2010 publiqué *Breve cielo* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán. Ese año Raúl Brasca me invitó a las Jornadas de Microficción en el FILBA. Tuve la dicha de compartir mesa con el querido César Antonio Alurralde. Intercambiamos nuestros libros. Y nos escribíamos a menudo. Fuimos amigos. Desde entonces he seguido mi camino por este género breve que se aviene tan bien con nuestro tiempo y mi manera de contar universos. Todo esto sin abandonar la poesía, claro.

RG: Este derrotero que trazas lo veo como convergencia de una escritura y una forma, que en ese encuentro se potencian. Y allí veo una paradoja, observo en tus microrrelatos una línea metafórica que tiene que ver con la hendidura, la herida, la fractura, incluso el título de uno de tus libros del género, *Intersticios*. ¿Tiene que ver con una búsqueda específica? ¿o es más bien el resultado de esa "contemplación del mundo"?

NC: Creo que la escritura nace de la herida. La herida es el dolor que no se ve. La contemplación es abrirse a todo cuanto existe. Estar dispuesta a recibir. Amar desde el croar de una rana hasta el dibujo de las constelaciones. La belleza conforta. Permite renacer desde la herida. Crear en tu mente un bosque profuso de flores amarillas. Esas flores silvestres, frágiles, desmadradas que habitaron mi infancia. La mirada es un acto de elección y yo elegí mirarlas. Crear con ellas un mundo propio. En la llanura no hacía falta el cuarto propio. Lo que me era propio era el espacio abierto. Lo inasible. Esa sensación de fragilidad y despojamiento ante la inmensidad. Ante lo que no se puede decir.

En cuanto a *Intersticios*, desde la tapa ofrece la flor en la hendidura. Esa imagen me habla de posibilidad. De esa hendidura para poder mirar. Para vislumbrar mundos posibles. Para contar historias que el lector desovillará con su propia manera de sentir. Con su escucha y su imaginación. Mi intención era reunir momentos, vivencias, lecturas, historias, para que la vida no acabara llevándose en su propio devenir. Reunir lo que la vida dispersa y ofrecerlo.

RG: En tu primera respuesta hablaste de autores y lecturas que fueron enriqueciendo tus posibilidades de escritura, esto es también evidente en tu obra, donde hay citas, referencias, guiños que llevan no sólo a textos literarios sino también a la vida de autores, ciertos detalles biográficos o aspectos de su personalidad. ¿Qué inquietudes te llevan a estos terrenos? ¿tienes un proyecto específico? ¿la literatura es también una llanura inagotable?

NC: Querida Raquel, creo contigo que la lectura también es una llanura inagotable. Siendo docente he trabajado con el concepto de lectura creadora. Explorando las múltiples posibilidades

que se abren a partir de la lectura. En estos días releendo acerca de Ángel Bonomini, autor que admiro profundamente tanto como a Borges o Mandrini, encontré que él se refería a este concepto: “La lectura creadora puede ser más artística que la escritura de un texto determinado”. Valorizando así la función del lector. Un lector activo, cómplice. Siempre deseoso de ir más allá. No sólo a lo que dice la palabra sino a lo que se abre en él. Un lector capaz de indagar en lo no dicho. En el silencio. Me apasiona traer a mi mundo a los autores y personajes literarios que amo y que se han entrelazado vivencialmente conmigo. Artistas como Frida Kahlo, Isadora Duncan, Van Gogh, Hikari Oe. Personajes como Emma Bovary, Cecil, el encantador compañero de Manucho, Reducido, el perro del magnífico relato de Antonio di Benedetto. En fin, mi escritura está llena de guiños e intertextualidades, referencias, citas, creo que cada vez más. El universo cotidiano con “las dulces y sutiles interrelaciones de las cosas son los cimientos de la fascinación del mundo”, dice Bonomini. Y en mi universo cotidiano la lectura y el trabajo en el jardín con todo lo que implica de entrega y deslumbramiento son el eje entorno al cual construyo la escritura. Una escritura que se compromete con el lenguaje y con la vida en sus diversas manifestaciones.

RG: La textura de tus microrrelatos se me aparece como una trama densa y compleja hecha con hilos que provienen de distintos lugares y tienen distintas formas y matices, lo que la crítica ha llamado palimpsesto. Una hebra que puedo seguir los anuda al minimalismo no en su brevedad sino en la búsqueda de detalle, la definición de las acciones por la circunstancia en que se producen y una deliberada ausencia de adjetivos. Veo esto también en la poesía de Francisco Romano Pérez y en la de Mercedes Saravia, a los que te refieres siempre como algunos de tus grandes amigos. ¿Te sientes estéticamente cercana a ellos? ¿qué otras afinidades percibes entre tu obra y otros autores del NOA?

NC: Querida Raquel, qué decirte. El minimalismo está desde siempre en mi escritura porque los pequeños detalles, la sencillez, el despojamiento son parte de mi vida. Cuando publiqué mi primer libro, *Cifras del misterio* (Jujuy, 1988) escribí: “Porque busco/ el equilibrio justo/ en la palabra/ quiero el silencio/ de lo despojado/ y algo más/ la claridad total/ del que todo ha perdido” (“Búsqueda”, p. 81). Por entonces no conocía a los que serían mis dos grandes amigos, Mercedes Saravia y Francisco Romano Pérez. Nos encontramos y leímos después. Fuimos tan íntimos. Compartíamos lecturas, películas, música, pintura. Con Mercedes nos escribíamos todas las semanas revelándonos más que hechos o circunstancias esos sutiles movimientos del espíritu en los que nos encontrábamos. Con Francisco además de todo eso era el amor por la naturaleza. Una vez Franz me habló de las diamelas. Yo no las conocía. Entonces me pidió que fuera a las 15 horas a la

terminal que me enviaría algo. Voy y alguien me entrega un diminuto ramo de diamelas. Jamás olvidaré ese gesto. La trémula belleza de su gesto. De cosas así estaba hecha nuestra amistad. Es imposible darnos y recibirnos el uno al otro con tanta naturalidad y despojamiento sin influirnos. Sin dejar fragmentos de uno en el otro. Sin hacer con nuestras vidas y nuestra escritura un tapiz que nos contenga de alguna manera que no sé decir.

Cuando Reynaldo Castro proyectaba su antología *Nueva poesía de Jujuy* (Jujuy, 1991) nos encontrábamos en casa. Cuántas tardes compartidas con la Olivetti. Cuántos sueños. Ya concretada la antología, en esa noche mágica de junio acompañados por el querido Andrés Fidalgo, conozco a sus integrantes y comienzo a leerlos. Establecí una relación muy intensa con la escritura de Ernesto Aguirre, Pablo Baca y el inefable Álvaro Cormenzana. Los leí y escribí acerca de sus libros. Recuerdo que copié a máquina *Los poemas del 'jigante'* de Álvaro, que por entonces circulaban de mano en mano. Luego escribí una reseña que publiqué en el suplemento cultural de *Pregón* y hoy integra el libro homenaje. Nos queríamos mucho. Cada vez que nos encontrábamos Álvaro me decía este poema de *Sitial del vuelo* (Jujuy, 1991): “Si hubo algún paraíso/ fue tan breve/ que solo nos quedó/ su despedida./ El incierto sabor/ del abandono” (“Abandonos”, p. 71): No sé decir cuánto nos influimos. Hoy todo es lejano y hermoso.

RG: Este breve pero intenso recorrido por tu modo de construcción de la microficción me permite ver la literatura como un universo donde los géneros son variaciones dentro de esa unidad. Mi pregunta final se orienta entonces a pensar en el lector. ¿Qué orientaciones / sugerencias / indicaciones darías a los/as lectores /as para tener un acercamiento más placentero, productivo, reflexivo con estas producciones que son sumamente provocativas?

NC: Leer es un proceso solitario. De atenta escucha. Una escucha que nos involucra de manera íntegra. Para leer a otro se requiere, como quería Kafka, de una apertura total del alma y el cuerpo. Es ahí, en esa entrega, donde se produce un diálogo productivo con el autor. Es necesario recibir lo otro, lo diverso, con apertura. Como lector albergar siempre la posibilidad de lo inesperado. Sobre todo en la poesía y la microficción que exigen un lector cómplice, capaz de soportar la ambigüedad, la elipsis, lo incompleto. Entonces el diálogo lector-autor será un acto que nos trascienda y a la vez nos reúna en un viaje siempre pródigo.